

Padre José María Lagrange O.P

Dios, por amor, pidió a su Hijo el amor más heroico

Es fácil amar un país cuando no cuesta nada. Es heroico amarle a pie firme en las batallas. Es fácil amar a Dios cuando todo nos lleva a Él. Es heroico amarle cuando todo se vuelve contra nosotros, cuando los amigos nos abandonan y cuando el mismo cielo parece que se nos cierra. Pues bien, ¿qué se le pidió al Salvador?

El Amor del bien pide la reparación del mal; mientras más fuerte es, más la pide. El amor de Dios por el bien pide la reparación del pecado, que asola las almas, que las separa de su fin último para hundirlas en la concupiscencia de la carne, en la de los ojos, en el orgullo de la vida y, finalmente, en la muerte eterna.

Dios Padre, al darnos a su Hijo para rescatarnos, habría podido contentarse con el más pequeño acto de caridad del Verbo encarnado, pues el menor de sus actos adquiriría en la personalidad divina del Verbo un valor infinito para satisfacer y para merecer, pero no habríamos comprendido el profundo desorden que es el pecado; incluso ahora lo comprendemos muy poco, después de todos los sufrimientos que, por nosotros, soportó nuestro Salvador.

Dios Padre no retrocedió ante la dolorosa muerte de su propio Hijo y le pidió que expiase nuestras faltas por sufrimientos atroces; que reparase, soportándolos por amor, todos los placeres criminales; que mediante su desnudez absoluta nos mostrase toda la vergüenza de la concupiscencia de los ojos y del egoísmo que busca gozar; que con sus humillaciones nos hiciera sentir toda la necedad del orgullo y que, por su amor heroico, borrara el desorden de los odios que dividen a los hombres, a las familias, a las clases y a los pueblos.

Yendo, así, hasta las extremas exigencias de su Justicia, Dios no encuentra, ciertamente, ningún placer en castigar; por el contrario, muestra hasta dónde llega su amor del bien y su aversión santa del mal, la cara inversa del amor. Nadie puede amar sinceramente el bien sin detestar el mal; nadie puede amar la verdad sin detestar la mentira. Dios no puede tener el amor infinito del Bien sin tener esta santa aversión del mal. Ello nos muestra que las exigencias de la Justicia se identifican con las del Amor: El amor es fuerte como la muerte, su ardor es inflexible como la morada de los muertos, dice el Cantar de los Cantares".

Este amor increado del bien, unido a la santa aversión del mal, pidió al Salvador el más heroico de los actos enviándole a la muerte gloriosa de la Cruz.

Volvemos así a lo que es, lo hemos dicho antes, la esencia misma del misterio de la Redención: Dios Padre ha pedido a su Hijo un acto de amor

que le agrada más que lo que le desagradan todos los pecados juntos, un acto de amor redentor, de un valor infinito y sobreabundante.

El *Consummatum est* será el coronamiento de la vida de Cristo, la victoria sobre el pecado y sobre el espíritu del mal. La victoria del Viernes Santo es muy superior a la del día de Pascua, pues la resurrección o victoria sobre la muerte es más que el signo del triunfo de Cristo sobre el pecado.

Así, pues, por amor a su Hijo, Dios Padre le pidió que muriese por nosotros. Le predestinó por amor a la gloria de la Redención. ¿Qué sería la vida de Jesús sin el Calvario? Del mismo modo y guardando toda proporción, ¿qué sería sin su martirio la vida de una Santa Juana de Arco y la de todos aquellos que han sido llamados a derramar su sangre en testimonio de la verdad del Evangelio? Sin ese coronamiento su vida nos aparecería ahora como una vida truncada. Y comprendernos que es una predestinación de amor lo que les ha enviado a ese martirio

La liturgia canta admirablemente la victoria de Cristo el día de Viernes Santo:

Pange lingua, gloriosi; Canta, oh lengua, la victoria
Lauream certaminis; del más glorioso combate, y
Et super Crucis trophaeo; celebra el noble triunfo de
Dic triumphum; la Cruz, y cómo el Redentor
Qualiter Redemptor orbis; del mundo venció, siendo
Inmolatis vincerit; en ella inmolado.
Agnus in crucis levatur; El Cordero fue levantado en
Inmolandus stipite; la Cruz para ser inmolado.
Cruz fidelis, inter omnes; Oh Cruz fiel, entre todos los
Arbor una nobili; árboles el más noble: Tú
Sola signa tu fuisti; fuiste el único árbol digno
Ferre mundi victimam; de sostener la víctima del
Atque portum praeparare; mundo de ser para el universo
Arca mundo naufrago; naufragado, el puerto
Quam sacer crúor perunit; de salvación, el arca santa
Fusus Agni corpore; rociada con la bendita sangre del Cuerpo del Cordero.
Dulce lignum, dulces clavos; Dulce leño, dulces clavos
Dulce pondus sustinet; un dulce peso sostienen.

Las profundidades del misterio de la Redención nos permiten entender por qué Dios, por amor, envía a ciertas almas tan grandes sufrimientos para hacerlas trabajar, en unión con Nuestro Señor y un poco como Él, en la salvación de los pecadores. Es la más alta de las vocaciones, superior a la que consiste en enseñar, del mismo modo que Jesús es más grande sobre la Cruz que cuando pronuncia el Sermón de la Montaña.

¿Qué mayor prueba de amor puede dar Dios a un alma que hacer de ella una víctima de amor, en unión con el Crucificado? Como la causa primera no hace inútil la causa segunda, sino que le comunica la dignidad de la causalidad; los méritos y los sufrimientos del Salvador no hacen inútiles los nuestros, pero los suscitan para hacernos participar en su vida.

Entre muchos ejemplos recordemos el de Santa Catalina de Ricci. Tuvo cada semana, durante doce años, de 1542 a 1554, un éxtasis de dolor de veintiocho horas, desde el mediodía del jueves hasta el viernes a las cuatro de la tarde, éxtasis en el que revivía todos los momentos de la Pasión del Salvador. Inmóvil, la cara pálida o radiante, los ojos y los brazos extendidos hacia el Amado invisible para las otras personas, ella le seguía paso a paso y corazón a corazón en todas las estaciones de ese largo sacrificio. Los testigos de ese hecho comprendían los sufrimientos de la santa por el estremecimiento de su naturaleza que se notaba en ella durante ese doloroso camino de la Cruz. Cuando al jueves siguiente los sufrimientos recomenzaban, la naturaleza debía pedir gracia; pero Nuestro Señor hacía entender a este alma grande que debía unirse así a su Pasión para la salvación de tal pecador que le era muy querido, o por la liberación de tal alma del Purgatorio. Así hace entrar Jesús en las profundidades del misterio de la Redención a las almas que más ama.

Una de estas almas, que se había ofrecido y que, a consecuencia de esa oblación, veía todos los sucesos volverse, por así decirlo, contra ella, bajo el golpe de una nueva desgracia, exclamó un día: Pero, Señor, ¿qué le he hecho?, y oyó interiormente estas palabras: Me has amado. Pensó en el Calvario y comprendió un poco mejor que el grano de trigo debe morir para dar mucho fruto.

Estos hechos extraordinarios son suscitados por la divina Providencia no para que los consideremos con curiosidad, sino para hacernos comprender mejor la grandeza de la Pasión de Jesús, que debemos meditar todos los días. También nos recuerdan que si los santos han aceptado tales sufrimientos en unión al Salvador, nosotros debemos saber aceptar cada día un poco mejor las contrariedades cotidianas para la expiación de nuestras faltas, para nuestra santificación y para trabajar también nosotros en la salvación de las almas. De aquí que estos hechos extraordinarios tengan por fin hacernos entrever toda la hondura que debe haber en lo ordinario de una vida verdaderamente cristiana, desde la Misa y la Comunión, por la mañana, hasta la oración de la noche.

Debemos comprender un poco mejor cada día los esplendores de la liturgia de la Pasión, esos versos sublimes que expresan una alta contemplación y un gran amor:

Vexilla regis prodeunt;; Ya se enarbola el estandarte
Fulget crucis mysterium;; del Rey: resplandece el misterio
Qua vita mortem pertulit;; de la Cruz, el Autor de la Vida
Et nortem vitam protulit.; padece muerte y con ella nos reparte la vida.

He aquí el objeto habitual de la contemplación de los santos.

Vemos, así, que las exigencias de la Justicia terminan por identificarse con las del Amor, y es la Misericordia quien triunfa, porque es la más inmediata y profunda expresión del Amor de Dios a los pecadores. La Justicia terrible, que

detiene al principio nuestra mirada, no es más que el aspecto secundario de la Redención: ésta es ante todo obra de Amor y de Misericordia.

La Justicia divina es apaciguada por el Justo que lleva el peso del pecado humano en su totalidad, por la Víctima de amor que es afligida en nuestro lugar, por el Verbo encarnado muerto por nosotros.

Pero la Misericordia triunfa: en Jesús, Dios Padre se reconcilia con los pecadores y les da la gracia; ofrece a todos, incluso a los perversos, la vida eterna y glorifica al Redentor dándole la victoria sobre el pecado, sobre el demonio y sobre la muerte. Es esto lo que le hace decir a San Pablo: *Todo es vuestro; y vosotros sois de Cristo, y Cristo de Dios.*

Un gran pintor ha expresado admirablemente esta idea en el Oratorio de los Dominicos en Roma. Sobre el altar ha representado a Jesús muriendo en la Cruz y ofreciendo la vida a su Padre por nuestra salvación. El Padre aparece recibiendo su último suspiro. El pintor ha querido señalar el acuerdo de las voluntades del Padre y del Hijo en el Calvario; ha querido decir que Nuestro Señor, sobre la Cruz, no sólo cumplió la voluntad del Padre, sino que no cesa de expresarle su amor. Por otra parte, por amor a su Hijo y por nosotros, el Padre ha enviado a Jesús a la muerte heroica de la Cruz, para hacer de Él el vencedor glorioso del pecado, del demonio y de la muerte, el Salvador de los hombres.

Por ello, en este bellísimo cuadro, sólo hay un gesto: el Padre con los brazos extendidos para sostener y aceptar el sacrificio de su Hijo y sobre el corazón del Padre, y en sus brazos, Nuestro Señor crucificado expira: *In manus tuas, Domine, commendo spiritum meum*. La expresión del Padre es extremadamente noble y plena de bondad; la del Hijo manifiesta toda la heroicidad de su amor por su Padre y por nosotros". Verdaderamente, aquí está todo lo que el tema puede expresar, la esencia misma del misterio de la Redención.

**(Reginal Garrigou Lagrange, "El Salvador y su amor por nosotros",
Ediciones RIALP S. A., Pág. 307-314)**